

# EL SEMANARIO DE SANTIAGO.

Se publica el juéves de cada semana.  
Se halla de venta en la esquina de D. Antonio Ramos, plaza de la Independencia; en la de D. Martin Saldías contigua á esta imprenta, y en la librería de D. Santos Tornero en el puerto de Valparaiso.

Se reciben suscripciones en la Agencia de D. Dionisio Fernandez en Santiago, y en la librería de Tornero en Valparaiso. Cada suscripcion consta de ocho números, puestos en casa de los suscriptores, é importa diez reales que se pagarán adelantados.

BIBLIOTECA NACIONAL  
BIBLIOTECA AMERICANA  
"DIEGO BARROS ARANA"

Núm. 29.

Enero 19 de 1843.

2 reales.

## SUMARIO.

*Monarquía en América—Fallidos—Sociedad de industria y poblacion—Instituto Nacional—Poesía. Cancion—Un chasco—Teatro—Corresponcencia. Mis recuerdos—Seminario conciliar*

### Monarquía en América.

Alguna sensacion ha causado la noticia venida en el último vapor sobre cierta legacion Mexicana que se ha despachado á las repúblicas de Sur-América para invitarlas á que adopten la forma de gobierno monárquico; legacion que, segun se dice, se dirige ya á Santa-Fé de Bogotá por donde debe comenzar su *mision*. No nos sentimos inclinados á dar asenso á esta especie, no solo por que aparece destituida de toda autenticidad, sino porque es en sí misma improbable y absurda. ¡El gobierno de Méjico promoviendo la monarquía en Sur-América! ¿Qué interes puede moverle? ¿Qué resultados llegará á obtener ocurriendo á arbitrios tan estraños? Enviar misiones diplomáticas para mudar la forma de gobierno en una familia de repúblicas, es á la verdad un proceder bien singular y desusado. No: la noticia aquella es una quimera; lo debemos creer así por honor del gobierno á quien se atribuye ocurrencia tan peregrina, por el honor mismo de la América á quien es en gran manera agravante.

Lo que parece, mas verosímil es la solicitud del vecindario de Arequipa para que se convierta en monarquía la espirante república Peruana. Tan aquejado se halla aquel desgraciado pais por los trastornos políticos que sin cesar se sufren, tan enfadado le suponemos de la farza republicana que se ha representado en él, que no creemos difícil hayan perdido á sus ojos todo su prestigio esas formas de libertad que la América aclamó con entusiasmo en la época de sus dorados sueños. Los pueblos como los individuos tienen sus dias de mal humor, sus raptos de desesperacion en que rompen su vestido y despedazan su propia carne. ¡Malditos de aquellos que los ponen en tal extremo! ¿Qué habia de resultar de los escandalosos pronunciamientos que se han sucedido en el Perú cual escenas de un largo drama? Cada uno de los pronunciamientos invocaba la carta fundamental jurando

hacerla norma de sus procedimientos, y sin embargo todos ellos la han temerariamente conculcado; todos apellidaban su causa la causa de la libertad y de las garantías, y asentaban su poder sobre los pueblos comprimidos por las bayonetas y esquilados por el robo y las contribuciones; todos proclamaban al pueblo y se decian defensores de los intereses comunes, y no buscaban mas que el vil provecho que dejan en el bolsillo las requisiciones militares. ¡Desgraciado Perú! Los soldados á quines confiara la guardia de sus derechos y la conservacion de las leyes y del órden público, se han reido en su cara de las confianza que les hizo, lo han mofado como á un necio, lo han hecho degradar en la opinion del mundo, y convirtiéndolo en objeto de vergüenza para el continente. ¿Que estraño será pues que maldiga de su suerte, que se despoje de los arreos con que en otro tiempo se vistió y diga—pues bien, si la carta constitucional, si las garantías, si el bien comun, han de ser pretestos de que os valgais para sacudirme, para vilipendiarme, no haya constitucion, ni garantías, ni bien público: gobierne uno y defienda él su patrimonio sin que el nombre de la patria escude inicuas aspiraciones,

Como Americanos, como hombres interesados en el bienestar de la especie, nos condolemos en el corazon de la situacion de aquel pais destinado por la providencia á tan distinta suerte. Cuando pensamos en su actual postracion y abatimiento, nos preguntamos ¿cual será el remedio que se ponga á tan larga dolencia? La respuesta, por supuesto, no se ofrece mui facilmente. Los vecinos de Arequipa han creido encontrarlo en la adopcion del gobierno monárquico: este es un error, error que procede de la importancia que los políticos teóricos de la América han atribuido á las formas de gobernacion. ¿Que seria un monarca en el Perú? Un hombre que tiene el derecho de mandar; pero ese mismo derecho lo han tenido tambien los Presidentes lejitimos y no les ha bastado: han expedido órdenes supremas, pero el jefe de las armas les ha dicho—no quiero obedecerlas. No es suficiente el *derecho*, es preciso acompañarlo de medios eficaces para hacerlo respetar. Sin ellos toda autoridad es débil, todo gobierno ilusorio; la anarquía levantará por todas partes sus cien cabezas. El lejislador puede trazar allá en sus lucubraciones mentales el diseño de un hermoso sistema; pero

Y piensa que en el mundo  
El engaño no medra  
Si abrazas cual la yedra  
Para matar despues.  
¡Pero no—me arrepiento!  
No quiero desearte  
Males que pueden darte  
Males que paso yo.  
No he sido vengativo  
Ni hiero á quien me hiere.  
¡Tanto mi pecho quiere  
Tan férvido es mi amor!

### Jotabeche.

Nuestro amigo y colaborador *Jotabeche* nos ha enviado una carta contestacion á la que le dirigió el Progreso bajo la firma de Zamora de Adalid. Para responder al llamado de olvido que han hecho por la prensa algunos emigrados argentinos, hemos sacrificado á su desgracia el justo resentimiento de nuestro amigo, persuadidos que aprobará nuestra conducta, y seguros, como lo estamos, de que en nada han podido mancillar ni su honor ni su reputacion los soeces improprios del solapado Zamora.

### Un chasco.

#### I.

—Le asesinaron en la misma esquina de la casa en que está V. alojado.

—Pero.....¿cómo?

—Del cómo solo se sabe que á puñaladas, porque bien se vieron ellas al examinar su cadáver. Tenia tres heridas mortales: la mas espantosa era en la espalda.

—¡Que bárbaros!

—Recuerdo bien, dijo un tercero, que el dia que amaneció asesinado el pobrecito, me hicieron madrugar las mujeres de casa para que saliese á traerles permenores de aquel triste suceso. Al parecer le corrieron mas de una cuadra, pues algunos vecinos declararon haber oido gritos y tropel á media noche, hora en que el finado se retiró de la tertulia ganando algunos pesos. El infeliz fué completamente desnudado despues de muerto; pero ni rastro dejaron sus asesinos.

—¡Cosa horrible! Felizmente han pasado esos tiempos en que mataban hombres por aquí, tan lisa y llanamente como en mi pais se pide una limosna. Aunque recién llegado, pienso conocer bastante este pueblo para creer que semejantes delitos ya no se cometen.

—¿V lo cree? A fe mia que se equivoca. Ahí está el señor que le contará lo que le sucedió no ha muchas noches.

—¿Cómo! ¿Quisieron asesinarle á V. tambien?

—No juraré que sí, ya que gracias á mis piernas, no me vi tan cerca de ellos que pudiese vencerme de sus intenciones. Pero tres hombres embozados intentaron, hace hoi quince noches, detenerme en la calle. Al ver que se dirigian hácia mí, tratando de rodearme, di media vuelta y volé hasta entrar en la plaza pidiendo á gritos auxilio al

cuerpo de guardia. Los disfrazados me persiguieron á carrera por mas de cuadra y media.

—Y ¿no pudo V. conocerlos?

—¿Qué conocerlos, hombre de Dios, si estaba la noche como ahora! ¿no se veian las manos!

—¿Caramba...! ¿ni tampoco llevaba V. armas!

—Ninguna otra que las que me pusieron en salvo.

—Pues yo ni con esas cuento por ahora. Mis pistolas se han quedado en mi alojamiento: puñal no lo uso nunca: baston con estoque no puede cargarse andando uno de viaje; y luego mis piernas, juro á VV. que me estorbarian en un caso semejante lo mismo que la artillería gruesa á una division que marcha en retirada.

—Antenoche, dijo el dueño de casa, me recojia yo á eso de la una, y en la esquina del estanco, dos mujeres muy tapadas y de estatura gigantesca empezaron á llamarme con esos silbidos que usan los muchachos para atraer los jilgueros á sus trampas. El cebo de una grata aventurilla casi me tentó á hacer un reconocimiento, pero el tamaño de aquellos bultos me hizo sospechar un *quid pro quo* respecto á su sexo. Eché á andar mas que de prisa; las traidoras sirenas venian tras de mí á tan desmesurados trancos, que tomé entónces un volapies hasta llegar á casa sin aliento. Ayer amaneció un forado casi concluido en la esquina donde las mujeres....

—Vamos, eran hombres disfrazados, interrumpió el forastero. ¡Este pueblo es una nidada de asesinos y de malhechores!

—Si le digo á V. que no es posible descuidarse, sobre todo en noches como esta. ¡Oiga V. como sopla el norte!

—¡Ciertamente! Mas debian empeñarse VV. porque se estableciesen serenos. En Santiago es quizá donde hai mas bribones; y sin embargo uno puede amanecerse recorriendo cualquier barrio de la ciudad, seguro de que el sereno de ese punto, y cuantos puedan oír un pito, se pondrán á su lado á la mas lijera aparicion de un peligro. Aquí, por lo que oigo, hai una inseguridad horrible, una policia abominable.

—Esa es una verdad como una torre. ¡Y luego, estas noches oscuras y tempestuosas favorecen tanto á los ladrones en su pesca! Se le dejan caer á V. de manera que la herida, el garrotazo ó la feroz puñada, son los primeros anuncios de encontrarse en medio de ellos.

#### II.

Conversando así, pasaban, algunos años ha, una noche de invierno cuatro amigos en un pueblecito del sur. Era el sitio de la tertulia el cuarto de uno de los interlocutores, soltero lo mismo que sus huéspedes, grandes aficionados todos ellos á lo que jenéricamente se llama "calaveradas". Y es fama que al rededor de una mesa habian hablado aquella noche, ántes de venir á parar á los sucesos ya referidos, de las buenas y malas reputaciones, de las niñas bonitas, de las viejas impertinentes, de los maridos celosos, de los maridos de otro temple, y de cuanto habia y no habia en la poblacioncita, cuyo nombre me permitirá el lector dejar en silencio. Entre los tertulianos se hallaba un jóven forastero recién llegado á la villa con el objeto de comprar en sus alrededores bueyes y carneros que, como es muy sabido, los produce el sur de la República en abundancia y de calidad inmejorable.

Los sucesos que acabamos de oír le habían sobresaltado en gran manera: la noche estaba tan negra y borrascosa como suele andar allí el humor de los gobernantes: no tenía consigo arma alguna, y debía caminar seis cuadras lóbregas y llenas de lodo para llegar á su casa. Estas consideraciones le pusieron taciturno y reflexivo, mientras los demás seguían contando varias otras historias muy poco á propósito para tranquilizarle. En aquellos momentos recordó, mas vivamente que nunca, lo que desde su infancia había oído sobre los muchos malvados y bandidos del país que pisaba, del país de los *pela-caras*.

De buena gana quisiera quedarse á pasar allí la noche ó suplicar á alguno de los presentes que le acompañara; pero su vanidad no quiso arros-trar las zumbas y desechó ámbos partidos por mas espuestos. Su reloj señalaba las doce y media de la noche, hora en que ni calaveras andarian por las calles. Sin embargo, era preciso marcharse á pesar de sus vivos recelos y de encontrarse desarmado. ¡Terrible apuro! Levántase de su asiento sin haber tomado todavía ningún partido, y á este tiempo pregúntale el dueño de casa:

—¿Se va V?

—Me voi. ¿Tiene V. alguna arma que prestarme?

—Pues qué ¿estamos con miedo á las mujeres que me salieron antenoche?

—Yo no temo nada: con todo, una arma inspira cierta confianza que nunca estorba. Dicen que la prudencia es madre de la seguridad.

—Así debe de ser; pero siento que no haya ni un garrote que ofrecer á V. Las únicas armas que aquí se encuentran, son las piernas del señor, y ya ve V. que no es cosa muy sencilla cortar-selas. Vamos, no haya miedo; en cinco minutos se pone V. en puerto de salvamento.

Durante estas ligeras bromas, el forastero estuvo algo pensativo por algunos instantes, al cabo de los cuales, como si hubiera tomado una resolución repentina y valiente, dirigióse á la puerta dando y recibiendo la "buena noche".

### III.

—Va muerto de miedo el *abajino*, dijo uno de los que quedaban luego que éste saliera, está bien preparado para recibir el chasco. No hai que perder un momento: vengan los ponchos, los bonetes y á lo dicho. Nos divertiremos mañana oyéndole contar la historia.

Y diciendo y haciendo se disfrazan, toman sus puñales y parten de carrera por una calle estraviada. No tardan en llegar á la esquina inmediata al alojamiento del camarada á quien iban á dar un susto tan tremendo. Repártense y se agazapan de manera que á una señal convenida puedan echarse sobre él, quitarle la capa, el reloj, el sombrero; intimarle silencio y escurrirse entre las tinieblas. Ya hacia mas de un cuarto de hora que esperaban en sus incómodos puestos, y no se oía en las calles otro ruido que el del viento. Nuevamente reunidos entonces, pensaron que el miedo habría hecho volar al *abajino*; y que viniéndose éste por un camino mas recto, estaria ya en su casa cuando ellos habían creído adelantársele. Sentían retirarse sin divertirse; pero á este tiempo escuchan pasos precipitados al principiarse la cuadra....

—¡El es....! á su puesto cada uno.

Y en efecto, era la pobre víctima que se adelantaba hácia ese punto marchando con celeridad, y reparando poco en los charcos de agua en que se metía por tal de no dejarse cojer desprevenido en alguna emboscada. Traía la capa doblada sobre el hombro izquierdo y el sombrero bien metido en la cabeza, pero de modo que quedaba enteramente descubierta su ancha frente. Al llegar al sitio fatal, la voz terrible de *¡alto ahí!* le zumbó como una bala en los oídos.....tres hombres se le vienen encima.....¡Atrás!.....dice el forastero, acompañando este grito con la mas enérgica de las interjecciones españolas, y cubriendo su espalda lo mejor posible, contra la muralla próxima. Los agresores le rodean, le acometen: uno de éstos estira ya el brazo en ademán de asirle por el cuello, cuando el acometido le descarga una pistola á quema-ropa, y le arroja de espaldas sobre uno de sus compañeros, que tambien rueda por el suelo; pero que muy pronto se levantó. El otro derribado no pudo conseguirlo.

### IV.

Dos días despues el jóven forastero compareció reo ante el alcalde del lugar.

—Ante noche han muerto á un hombre de un balazo en la esquina de vuestra posada ¿Es cierto que vos le asesinasteis?

—Yo le maté, señor, pensando defenderme de un asesino.

—¿Creeis que tratase de ofenderos ó de haceros daño?

—Ahora no lo creo.

—¿Alegais algo en vuestra defensa?

—Sí señor. Hasta las doce y media de esa noche estuve de tertulia con el finado en su cuarto, y en compañía de los señores M.\*\* y G.\*\* A los tres oí contar varios sucesos recientes que me convencieron de que en este pueblo, á que no ha muchos dias he llegado, no se podía andar tarde de la noche, sin correr el peligro de topar con ladrones ó asesinos. No teniendo conmigo por entonces arma alguna, ni habiendo podido obtenerlas del finado ni de sus amigos, me despedí de ellos con la determinacion de pasar al cuarto del señor B\*\*, recordarle y pedirle una pistola que por la mañana había visto sobre su mesa. El me la prestó, proseguí mi camino, y al llegar á casa me acometen tres hombres. La fuga era impracticable: solo esperé mi salvacion de hacer fuego sobre ellos y aprovechar su turbacion para entrar en casa. Todos los que en ella viven recordaron á mis gritos, todos vinieron conmigo al sitio donde acababa de ver caer un hombre. Solo entonces conocí que éste era el desgraciado amigo de cuya habitacion recién yo salía. Al instante, confiado en mi inocencia, me presenté preso en esta cárcel.....

—El jóven fué absuelto; pero nunca pudo recordar sin un profundo sentimiento este suceso fatal.

*Jotabeche.*

## Teatro.

PRIMERA REPRESENTACION DE DIANA DE CHIVRI  
A BENEFICIO DE LA SRA. MIRANDA.

Al aparecer en las columnas del Progreso de

BIBLIOTECA NACIONAL  
BIBLIOTECA AMERICANA  
"DIEGO BARROS ARANA"